

Fernando Buesa Blanco
Jorge Díez Elorza



Raíces que nutren.
Brotos de esperanza.
—
Sustraietan elikadura,
kimuetan itxaropen.

20 DE FEBRERO DE 2020
Palacio de Congresos Europa de Vitoria-Gasteiz

INTERVENCIÓN DE SARA BUESA
VICEPRESIDENTA DE LA
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA

Papá, perdimos tantas cosas [...]
Y para eso **pasaste días enteros**
pintando una escalera interminable,
una hermosa escalera rodeada de árboles y árboles,
llena de luz y amor,
una escalera para mí,
una escalera para que pudiese subir,
vivir”

Paca Aguirre, *Los 300 escalones*, 1976 (en “*Tu Sangre en mis venas*”. Antología de Enrique García-Márquez)

Una vez leí que la muerte no nos roba a los seres queridos. Al contrario, nos los guarda y los inmortaliza en el recuerdo (François Mauriac).

Son muchos los momentos compartidos con mi aita que llevo en el corazón y permanecen grabados en mi memoria.

De mi niñez, recuerdo cuando iba con él los domingos a comprar el pan y el periódico y a jugar en el parque. Me acuerdo de cómo me sentaba en sus rodillas y me preguntaba por mis cosas del colegio. Recuerdo cuando iba con él al Baskonia. Y cómo en invierno al volver a casa en coche ponía el aire caliente a tope y me colocaba las manos allí para calentármelas.

Las salidas al monte con amigos. Los viajes en la caravana toda la familia. Los veranos en la playa. Los cuentos que se inventaba y nos contaba por las noches.

La infinita paciencia que tenía. Pocas veces levantaba la voz pero cuando lo hacía bastaba con un grito para ponernos a todos firmes.

En navidades siempre decorábamos la casa juntos. Le recuerdo celebrando, cantando y tocando la guitarra. Y cómo disfrutaba con una buena comida y un buen vino.

Recuerdo las sobremesas tomando café. Las películas que nos ponía y las cintas que grababa.

Entrar en una librería, pasar un rato ojeando libros, quizás comprar alguno, o no... es un ritual que siempre me conecta con él. O cuando les digo a mis hijos "no te voy a comprar nada. Si quieres un libro", como me decía él a mí...

Solía pedirle: "aita, recomiéndame un libro" y él buceaba en las estanterías y me proponía lecturas de distintos tipos.

Si cierro los ojos puedo verle leyendo a las noches en el sofá del salón, fumando un cigarro, con la tableta de chocolate negro a mano...

Recuerdo cómo se quedaba allí esperando a que llegara a casa cuando empecé a salir hasta tarde. Cuando yo iba al instituto, a veces se levantaba temprano para poner el desayuno y compartir ese rato juntos. En la universidad, cuando tenía algún examen "Hola chata, ¿qué tal, cómo te ha ido? (pulgar)".

Recuerdo muchos detalles de este tipo, de cuidado, de cariño...

Al mismo tiempo, era tremendamente discreto y respetuoso con mi espacio, con mi intimidad...



Como aquel día que estaba yo en el parque con mi novio. Él pasó. Y le grite: "aita, ¿qué pasa, no saludas? Y él respondió: "regla número uno, no molestar".

Él también era muy reservado. Pocas veces exteriorizaba sus sentimientos. En ocasiones le veíamos serio y pensativo, pero nunca compartía sus preocupaciones.

Yo crecí desde muy niña con la presencia cotidiana de la amenaza. El hecho de que mi aita no pudiera salir de casa sin escoltas, que tuvieran que mirar debajo del coche antes de subir, que en vacaciones fuéramos siempre acompañados hasta la frontera... eran cosas que vivía con normalidad. No era capaz de captar todo su significado.

De adolescente, ir con él por la calle con los escoltas, salir por el casco viejo y ver carteles con su foto rodeada por una diana... me producía una mezcla de temor y de vergüenza. Tal era el condicionamiento social que existía... la mística de la violencia estaba en el ambiente, como lluvia fina que lo impregnaba todo.

A pesar de ello, en nuestra casa nunca entró el virus de la habituación a la violencia.

Me acuerdo de un día, al volver del instituto. Estábamos comiendo, viendo las noticias, y yo les estaba hablando de algo que me había sucedido ese día en clase. Aita me pidió que esperara un poco y les dejara escuchar las noticias, pero yo seguía con lo mío. Y entonces me dijo "¿pero no te das cuenta de que han matado a una persona? ETA había asesinado a Francisco Tomás y Valiente".

Hablábamos abiertamente de lo que sucedía en nuestro entorno y en todo momento nos transmitieron nítidamente los valores de la paz, la no violencia, el respeto a la vida y a los derechos humanos de todas las personas.

Aita era muy respetuoso con la pluralidad de ideas de todo el mundo.

Su visión política enraizaba en la idea de ciudadanía: la única categoría política que da derechos y obligaciones, sin distinguir ni discriminar a nadie por razón de sexo, raza, religión, opiniones políticas, identidades, o sentimientos.

Él entendía que la sociedad vasca es, por encima de todo, una sociedad de ciudadanas y ciudadanos. Y por supuesto una sociedad mestiza, plural, donde hay nacionales vascos que se sienten así y gente que siente su identidad nacional de otra manera, pero eso para él no importaba o era secundario, porque todos los derechos políticos iban con el derecho de ciudadanía.

“¿Importa mucho ser vasco, español o europeo?” -decía- “Si la vida se va a desarrollar en un espacio mucho más global. ¿Por qué matarse por eso? Si da igual, que cada uno sea lo que quiera. No vale la pena ni matar ni morir por eso.” “Yo no creo en ninguna nación que merezca respeto si vulnera los derechos y libertades de la ciudadanía”.

También pensaba que la ciudadanía conlleva una serie de obligaciones, que se traducen en un compromiso hacia la comunidad, en una implicación activa y en una consideración hacia los con-vecinos. Creía que en la sociedad vasca faltaba un cuerpo de valores comunes que todo el mundo sintiera como propios.

Él fue para nosotros un modelo de compromiso cívico. Tenía una fuerte conciencia social y se posicionaba claramente frente a las injusticias, contra la intolerancia y el fanatismo.

Siempre acudía a todas las manifestaciones para defender la libertad. Lo hizo en su juventud frente al franquismo, lo hizo ante los sucesos del 3 de marzo de 76 en nuestra ciudad, y lo hizo frente al terrorismo.

En un momento dado, asumió su compromiso personal de hacer algo por este país desde el ejercicio de la política. Pero, más allá de la política, también estaba convencido de que para resolver mejor los problemas era necesario abrir espacios de reflexión con la ciudadanía.

Aunque defendía con mucha vehemencia sus convicciones, apostaba por la moderación. Pensaba que no es posible, con la pluralidad que existe en este país, que puedan avanzar los proyectos colectivos si no hay talante para poder llegar a acuerdos.

Eso sí, frente a la violencia no cabían medias tintas. Su posición en esto fue siempre rotunda y su voz se alzó alta y clara para denunciar que matar y extorsionar no son actos políticos sino criminales, y quienes los planifican o ejecutan no son patriotas, ni héroes, y no merecen el homenaje de nadie. Que ETA nada representaba que valiera la pena para este país. Que en esta sociedad se podía defender



cualquier causa política con la palabra a través de los cauces democráticos, pero nunca imponérsela a nadie, y mucho menos por la fuerza y con violencia.

Con la tregua del 98, cuando se debatía acerca de cómo construir el camino hacia la paz, aita defendía que no podía haber paz con impunidad y sin una justicia que reparara los daños que los años de violencia habían causado a tanta gente. Y que eso significaba 2 cosas: hacer justicia a las víctimas y preocuparse de que quienes cometieron esos delitos tuvieran un camino de reinserción.

Durante este periodo, continuó denunciando la violencia llamada "de baja intensidad" que persistía. Defendiendo que no era tolerable que a ningún partido político se le privara, a través del miedo, de encontrar personas dispuestas a representarles. Que no se podía consentir que a concejales se les colocara en pasquines por toda la ciudad con insultos y amenazas, o que se quemaran sedes de partidos, locales y negocios de ciudadanos. Que frente a esos hechos no cabía la disculpa, ni era digno el silencio.

Esta claridad con la que aita se expresaba y la fuerza de sus convicciones le situaron como objetivo en el centro de la diana.

A finales de 1999, cuando se rompió la tregua, yo estaba inquieta y temía por él. Él me dijo: "no te preocupes, que hay personas que se encargan de mi seguridad" Le pregunté "¿tú estás tranquilo?" "yo estoy tranquilo" me respondió. Pero no me dejó muy convencida...

El 22 de febrero del año 2000, ETA lo asesinó.

Recordar, volver a pasar por el corazón todos estos recuerdos y vivencias es doloroso, y al mismo tiempo es algo hermoso porque es una Tristeza que nace del corazón y me conecta con un profundo sentimiento de Amor.

Con el paso del tiempo, las emociones van cambiando, yo voy evolucionando y siento que voy creciendo y construyendo un camino, el camino de mi vida, donde con los años algunas cosas se ven con otra perspectiva, al tiempo que van surgiendo nuevas sensaciones.

Han pasado 20 años. Exactamente la mitad de mi vida. Da un poco de vértigo pensar que mi vida sin aita ocupa ya tanto espacio como mi



vida con él. ¡Cuántas cosas me han pasado! ¡Cuántas cosas se ha perdido!

También me asalta con fuerza últimamente la conciencia de lo joven que era cuando le mataron. Desde la mirada de los 20 años siempre ves a tus padres mayores. Pero ahora me doy cuenta: Tenía 53 años. Y tantas cosas por delante que vivir...

Ahora que soy madre y conozco lo que significa el cuidado y el instinto de protección hacia mis hijos, comprendo el esfuerzo que aita y ama hicieron siempre para preservarnos, para no transmitirnos miedo, angustia, u otros sentimientos negativos.

Nosotros éramos conscientes de la sombra de la amenaza con la que vivíamos, pero ahora veo que apenas intuíamos y rozábamos la dimensión de la falta de libertad con la que ellos vivían. La alerta y la sensación de peligro con la que convivieron durante años, nunca nos la trasladaron. Por el contrario, nos dieron la seguridad y la confianza para explorar, ser autónomos y vivir nuestras vidas libremente. Jamás nos previnieron contra ninguna compañía ni nos cuestionaron por vestirnos de una determinada manera o por salir por calles y lugares en los que aita hubiera tenido vetada la entrada.

Hoy es el día en que sé que guardas muchas vivencias en tu corazón, ama, muchas cosas que no compartirás, porque aita y tú siempre tuvisteis muy claro que queráis que tuviéramos unos corazones limpios, libres de amargura.

Hoy que me doy cuenta de todo esto, siento una gratitud y una ternura infinitas.

Somos quienes somos gracias a vosotros. Gracias a aita y gracias a ti.

Somos BUESA RODRÍGUEZ.

Desde la tierra sobre la que nos asentamos hasta el cielo, desde el pasado hacia el futuro, desde nuestros antepasados a las nuevas generaciones... todo está conectado.

La historia de nuestra familia forma parte también de la vida de nuestros hijos e hijas.

Siempre les hemos hablado del abuelito Fernando.

Desde que eran pequeñitos les hemos incorporado en los rituales familiares de recuerdo que hacemos cada año en el aniversario de su asesinato: haciendo un dibujo, escribiendo algo que les gustaría decirle, encendiendo una vela o poniendo una flor...

Hemos ido respondiendo a sus preguntas a medida que les han ido surgiendo y, conforme lo han demandado, hemos dado espacio a las conversaciones, a las explicaciones, a las emociones...

“¿Cómo murió el abuelito Fernando?”

- “Al abuelito Fernando lo mataron”.

“¿El abuelito Fernando está en el cielo?”

- “No lo sé. No sabemos a dónde vamos cuando morimos. A mí me gusta pensar que desde algún lugar del cielo su espíritu está con nosotros, como un ángel de la guarda, que sigue nuestros pasos, nos protege, se alegra con las cosas buenas que nos pasan...”

“Entonces, cuando uno se muere puede seguir viendo a su familia, pero ya no puede hacer muchas cosas, no puede jugar, ni puede comer helados... Y tú ya no le puedes ver, ni hablar con él, ni abrazarle nunca más”.

“¿Cómo mataron al abuelito Fernando?”

- “Con un coche bomba”.

“¿Y el coche también está en el cielo?”

“Ama, cuando mataron al abuelito Fernando tú te pondrías muy triste porque, claro, era tu padre. ¿Lloraste mucho? ¿Le echas mucho de menos?”

- “Pues sí, cariño, estuve muy triste. Me acuerdo mucho de él y le echo de menos muchísimas veces”.

“¿Qué pasó con los que mataron al abuelito Fernando?”

- “Les detuvieron, les juzgaron y están en la cárcel.”

“Cuando descubrí que todos nos vamos a morir fue muy duro para mí. Hasta entonces yo pensaba que sólo te morías si te mataban. Pero yo no quiero morirme. Y no quiero que os pase nada a vosotros”.

- “Cariño, algún día nos moriremos pero ahora estamos juntos, estamos todos sanos, estamos bien. Tenemos que disfrutarlos cada día. Además, el Amor de aita y ama os acompañará toda la vida, incluso cuando ya no estemos aquí. Yo no sé cómo explicároslo pero de alguna forma siento el amor de mi aita conmigo.”

“¿Por qué mataron al abuelito Fernando?”

- “Verás, había un grupo de personas que tenían una idea de cómo querían que fuera Euskadi e intentaron imponerla por la fuerza, amenazando y matando a quienes, como el abuelito, pensaban diferente”.

“¿Y qué idea es esa que tenían?”

- “Pues querían que Euskadi fuera un país independiente de España y de Francia. Esa idea puede ser tan buena como cualquier otra. El problema es que no respetaban a quienes pensaban diferente. Se pueden defender las ideas hablando, pero nunca utilizando la violencia”.

“Conozco al abuelo porque me habéis contado cómo era, lo que hizo en su trabajo... pero no sé cómo era su voz...”

En el monumento a las víctimas, cerca de casa, donde solíamos ir a jugar con la nieve:

“¿Qué son todos estos nombres?”

- “Son los nombres de las personas a las que mataron, igual que al abuelito Fernando.”

“¿A todas estas personas les mataron?”

- “Si, a lo largo de 40 años mataron a más de 800 personas... Venga, vamos a buscar el nombre del abuelito, a ver quién lo encuentra.”

Nuestros hijos nos interpelan constantemente. Sus preguntas inocentes lanzadas a bocajarro nos remueven y nos ponen a prueba. Su mirada pura nos desarma y ante ella no hay más remedio que mostrar lo que llevamos dentro.

El trabajo personal para ser capaces de responder con honestidad y verdad, y al mismo tiempo con sensibilidad y con sumo cuidado para no sembrar en ellos prejuicios ni sentimientos negativos, es obligado y muchas veces costoso, porque la implicación emocional que tenemos es muy fuerte.

Ante ese reto, personalmente me ayuda pensar ¿qué quiero transmitir a mis hijos y desde dónde quiero hacerlo?

- Quiero que mis hijos conozcan lo que hemos vivido y que conecten con el dolor y la tristeza que genera una experiencia así, pero nunca desde el odio ni cargándoles con mochilas que son más y no les corresponde a ellos llevar.
- Quiero mostrarles que la vida es así, bella y frágil, terrible a veces. Y junto a esa conciencia, cruda, quiero darles seguridad y transmitirles que el vínculo del Amor permanece y todo lo puede.
- Quiero inculcarles que deben ver siempre a la persona que tienen delante, juzgar por su propia experiencia y no dejarse llevar por ideas preconcebidas.
- Quiero trasladarles que ante las injusticias no se puede ser indiferente, que hay que rebelarse, tomar parte activa para denunciarlas, ser solidarios con quienes las sufren. Y al mismo tiempo quiero transmitirles claramente que a pesar de lo que a uno le suceda, nunca, nunca, se debe recurrir a la violencia contra otras personas. Que deben respetarse los derechos humanos de todas las personas, de las que nos son queridas y sentimos cercanas, y también de las que son distintas a nosotros y no nos gustan, incluso de quienes nos hacen daño.
- Quiero que sean capaces de pensar por sí mismos, de incorporar matices, y transmitirles que la brújula para distinguir lo que está bien de lo que está mal está en su propio corazón.

Verdaderamente, muchas veces nuestros hijos nos asombran con su lógica aplastante y nos dan lecciones.

Como en junio del año pasado, cuando en fiestas de Judimendi salió publicado un artículo en el que se hacía una semblanza de una de las personas que asesinó a Aita y Jorge, diciendo que por ser una persona muy comprometida tuvo que huir y le encarcelaron a muchos kilómetros de distancia, y omitiendo por completo las razones por las que está en prisión. Y mi hijo Markel dijo: "bueno, puede que hiciera cosas por su pueblo, puede que fuera un buen profesor, puede que le echen de menos en su casa y en su barrio, y entiendo que les gustaría tenerle cerca. Pero también mató al abuelito Fernando".

O mi sobrina Amaia, este pasado diciembre, tras coincidir con una manifestación a favor de los presos en Bilbao en la que se proclamaban gritos de "presoak kalera, amnistía osoa!": "Yo creía que los padres de esos chicos estarían enfadadísimos con ellos por lo que han hecho".

A veces miro a mis hijos y pienso que las nuevas generaciones nos pueden dar mil vueltas a nosotros. Nuestros niños, niñas y jóvenes tienen la oportunidad de crecer en una sociedad libre y construir una convivencia sana. La esperanza para nuestra sociedad depende de tener un relevo de una nueva generación de jóvenes con una fuerte conciencia ética. En eso debemos invertir y centrar nuestros mejores esfuerzos.

Para ello, no hay nada más valioso que nuestra propia vivencia, nuestros errores, nuestros aprendizajes, nuestro ejemplo. De nada sirve que les demos discursos sobre respeto, diversidad, tolerancia, igualdad, solidaridad, derechos humanos, etc. si no somos capaces de llevarlos a la práctica. Por el contrario, encarnar todos esos valores en nuestra experiencia nos ayudará a inmunizarles contra la violencia y a educarles como seres humanos sensibles y respetuosos.

Dicen que hay dos cosas que pueden unir a las personas: un enemigo común o un gran sueño.

El sueño de la sociedad que queremos para nuestros hijos e hijas es un buen punto de encuentro.

Decía Lao Tse que *"todo lo que se cultiva crece"*. Sembrar semillas de paz o sembrar semillas de discordia, cultivar compasión o cultivar odio... es una elección personal que hacemos, con cada decisión, con cada palabra, con cada acción.



Cuando una siembra y ve pocos resultados muchas veces se cae en el desaliento y la frustración. Pero es importante caminar siempre hacia adelante, mirando más allá de hoy y mañana, mirando con ojos de futuro.

Llegados a este punto, la pregunta que creo que debemos hacernos es ¿qué quiero yo sembrar y cultivar en esta tierra? ¿Qué herencia quiero dejar en la comunidad?

Os invito a cerrar los ojos y reflexionar un par de minutos sobre estas preguntas.

Cada una, cada uno, tenéis en vuestros asientos un papel y un bolígrafo. Os invito a poner en palabras lo que os haya surgido ante la pregunta. ¿Qué quiero yo sembrar y cultivar en esta tierra? Podéis escribir 1 o 2 palabras, o una frase, lo que os surja.

¿Lo tenemos? Bien. Para que una semilla germine necesita un sustrato de tierra nutritivo. Aquí en el escenario hay unos terrarios... Parece que las plantas pueden brotar en ellos. Tal vez pueden ser un buen sitio donde depositar nuestras semillas.

¿Alguna, alguno de vosotros, se anima a venir aquí y probarlo conmigo?

Vamos a doblar el papel que contiene las semillas que queremos cultivar. Y ahora vamos a semi-enterrarlo con suavidad en la tierra.

Oye, y esto de aquí ¿qué es? ¿A ti qué te parece que puede ser? Son como unas bolitas y son de colores...

Son "bombetas" de semillas. Cada bolita de estas contiene una mezcla de semillas. Y son semillas que siempre germinan. Bueno, germinan siempre y cuando les demos lo que necesitan.

Porque ¿Además de un sustrato nutritivo de tierra, qué necesita una semilla para germinar? Agua, oxígeno, luz. Y cuidados, hay que poner un poco de mimo.

Sería bonito hacer la prueba y ver qué sale de estas bolitas, ¿no?

Escoge una. Es para ti, puedes llevártela para sembrarla en casa o allí donde tú quieras. Y cuando lo hagas piensa en las semillas que acabas



de enterrar aquí. Es como si al enterrarlo tu papelito se hubiera transformado y hubiera cobrado realidad en esta bombeta. Tus semillas están dentro de esta bolita. Lo que brote de ella será el fruto de tu aportación a nuestra comunidad.

Gracias, puedes sentarte.

Bueno, pues ahora vamos a hacer todos lo mismo. Voy a pedirlos que os levantéis y os acerquéis a enterrar vuestra semilla. Cuando lo hagáis tomad conciencia de lo que estáis poniendo de vosotras mismas, de lo que estáis aportando a nuestra sociedad. Y, una vez que hayáis depositado vuestra semilla podéis escoger una bombeta y llevárosla con vosotros.

Para hacerlo de una forma un poco ordenada, vamos a ir por filas. Primero, os levantaréis todas las personas que estáis en la primera fila. Y cuando las personas de la primera fila terminen y vuelvan a sentarse en sus sitios, las personas que estáis sentadas justo detrás en la siguiente fila podéis levantarlos. A continuación, cuando las personas de la segunda fila regresen a sus sitios, las de la tercera fila se levantan. Y así sucesivamente. ¿De acuerdo?

Adelante, vamos allá. Las personas que estáis en la primera fila podéis levantarlos. Venid al terrario más cercano a enterrar vuestra semilla, escoged una bombeta de semillas, y volved a vuestros sitios.

Las personas que estáis sentadas en las segundas filas podéis levantarlos conforme vuelvan a sus sitios las personas que están sentadas delante vuestro.

Cada uno, cada una de nosotras, constituimos un árbol con una procedencia, una historia, una vida únicas. Y al mismo tiempo, formamos parte de un bosque. Un bosque compuesto por árboles y plantas de múltiples variedades.

Al igual que en ese bosque, las bombetas que tenéis entre manos contienen una mezcla de semillas de plantas florales de distintos tipos. De las semillas que habéis sembrado puede nacer cualquiera de ellas. Os animo a tomaros vuestro momento de plantarlas y a dejaros sorprender por lo que brota de ellas.

Si trepamos por el tronco de nuestro árbol, podremos admirar la inmensidad del bosque que conformamos. Desde arriba, podremos estirar los brazos y tocar con las yemas de los dedos las ramas fronterizas del árbol de al lado. Sentir la poderosa energía que se despliega cuando nos conectamos.

Como poderosa es la imagen de todas las personas que estamos aquí compartiendo el gesto de sembrar algo de nosotras mismas para el futuro de nuestra comunidad. Hoy aquí dentro de esta sala y mañana fuera de ella, sembrando brotes de esperanza en distintos lugares de nuestra tierra.

Lo que cada uno hagamos con nuestra bombeta de semillas (si la sembramos o no, el lugar que escojamos, el momento, la reflexión que le dediquemos...) serán decisiones individuales y quedará en nuestro espacio de privacidad.

Pero también podemos convertirlo en algo colectivo. Cuando vuestra plantita germine y crezca, si queréis podéis compartir una foto, contarnos donde plantasteis la bombeta y qué ha brotado de ella... Pondremos un espacio en nuestra página web para ello.

Recordad: sustrato nutritivo, agua, oxígeno, luz... y Amor.

**Amar es un lugar.
Perdura en lo más hondo: es de dónde
venimos.
Y también el lugar donde queda la vida.**

(Joan Margarit, *Amar es donde*, 2015)

Mila Esker. Muchas gracias.



@Fundacion_Buesa

#InMemoriamXX